

Aquella noche de luto en que rodó la cabeza de Armagnac desaparecieron madre é hijo. Aquel hombre de quien tan á menudo te he hablado, que inspiraba á todos miedo y compasión á la vez, ¿era un ángel bajado del cielo ó un demonio? Me parece ver todavía su mirada tímida y medrosa, mirada que de repente se volvió feroz como la de un tigre... ¿Qué habrá hecho de ellos? ¿Les ha salvado ó les ha perdido?... Y él mismo ¿dónde está; vive ó ha muerto?

Después de una breve pausa añadió esforzando la voz:

—¿Y por qué no se resiste mi corazón á dar el nombre de Armagnac á esa joven cuyo nacimiento es un misterio para mí?

La pobre Mireta seguía observando el bosquecillo á través de la ventana, pareciéndole que se oía el ruido de algunos pasos sobre el follaje.

—Si tú supieras, hija mía—continuó diciendo la Amapola,—¡cuán parecida es á la duquesa Isabel tu señorita Blanca! Una vez se me ocurrió una idea así que la vi después de cinco años: disimulan su sexo, dije; será el mismo hijo de la duquesa disfrazado con traje de mujer. Pero ahora está ya formada, es hermosa y ya no cabe la menor sospecha. Además tampoco te lo he dicho todo. Se asemeja esa niña mucho también á otra mujer que era como un acabado retrato de la duquesa, á una infeliz criatura que murió muy joven y que duerme hoy en el cementerio de nuestro país de Mirande.

Callóse la Amapola y hubo un momento de silencio. La mesonera estaba absorta en los recuerdos que acababa de evocar; y Mireta seguía con el oído atento tratando de escuchar los rumores del bosquecillo.

—Tienes razón, tienes razón—exclamó la buena Amapola dirigiéndose á su hija, pero contestando, en verdad, á sus propios pensamientos.

—Esto es imposible. ¡Misterios por todas partes! En verdad que es cosa de perder la cabeza en este enredo.

Levantóse entonces bruscamente y dijo á Mireta:

—Quédate aquí. Cuando madama Blanca de Armagnac se alberga en el mesón de la Urraca, es preciso que haya centinela en él toda la noche; por- que si se le ofreciera algo y no hubiera para servir- la más que un mozo, podría quejarse con razón. Tú estarás de guardia hasta media noche y luego vendré yo á relevarte. Toma tu rueca si quieres, ó encomiéndate á Dios y piensa también en lo que te he dicho acerca de ese pobre muchacho, el infeliz Simón.

Esto dicho, estampó dos sonoros besos en las mejillas de Mireta y se retiró con el paso firme y resuelto de una mujer que no hubiera sido nunca zurrada ni aun después de los cincuenta años.

Mireta se quedó sola en la sala del mesón.

II

LOS LOBO-FANTASMAS

Si la buena tía Amapola hubiera sabido cuál era la disposición de ánimo en que quedaba su hija, de seguro que hubiera preferido mejor velar la noche entera que abandonarla así en aquella soledad.

Pero no pudo sospecharlo. Era tan viva la preocupación que la absorbía, que no reparó siquiera en que su pobre hija empezó á temblar cuando la dijo: tú velarás hasta media noche.

En ninguna época la ciudad de París ha vivido más atemorizada por las supersticiones que durante el siglo xv, en que por lo menos entre cada tres hombres se contaba un hechicero. En vano de vez

en cuando alguno de esos bribones eran llevados á la hoguera, pues dedicábanse tantos á los sortilegios, que era imposible extinguir la raza.

Desde que sonaba el toque de silencio, tan luego como aparecían cerradas las casas de los mercaderes y menestrales con tres barras de hierro y cien aldabas y cerrojos, la ciudad se convertía en presa de aquellos misteriosos aventureros y bandidos que se recataban de la claridad del sol.

En las desiertas calles resonaba á lo mejor el eco de una pisada, pero no se veía quién la había dado, porque el *lobo-fantasma* no tenía que hacer para volverse invisible más que llevar en su enorme boca un bastoncito de determinada hechura. No se le veía; pero de improviso el más pintado se sentía estrangular, perdía el conocimiento, entregaba su alma á Dios y se le hallaba al día siguiente en una esquina tendido, sin capa, sin sombrero, sin calzones y sobre todo sin bolsa.

La ciudad entera estaba dominada por el terror.

Los rumores que se oían en los callejones solitarios no eran para descritos; y los que llegaban á sus casas después de haber tenido que cruzar junto á las cercas medio derruidas de los cementerios, pasaban la noche temblando presa de un acceso de calentura.

Entre los sitios predilectos de aquellos entes incomprendibles que formaban la población nocturna de París contábanse en primer término las cercanías del mercado, que los vendedores abandonaban á toque de campana; y los contornos del pudridero de los Inocentes.

Por todo lo cual la pobrecita Mireta estaba harta de oír lúgubres narraciones que le helaban la sangre en las venas. Su infantil alegría se disipaba al ocultarse el sol. La noche era para ella un tiempo de prueba y angustia, durante el cual, de buen gra-

do ó por fuerza, tenía que verse sumergida en un tenebroso mundo de duendes y fantasmas; no se apartaba un punto de su madre, no creyéndose segura sino bajo la protección de la buena mujer.

Aquella noche veíase sola por casualidad, por no haberse atrevido á declinar la misión que le había sido encomendada: tratábase de Blanca de Armagnac, que era tan buena y hermosa y á quien Mireta amaba con ternura.

Pero la pobrecita se hallaba sola en aquella gran sala, tan alta y tan larga como una capilla. ¡Oh! con qué oportunidad se hubiera presentado allí uno de esos hombres de armas batalladores de los que poco antes hacían poner á la joven piel de gallina!

No es que faltara gente en la posada, pues, por decirlo así, estaba convertida en una ópera cómica, con todo el personal que un espectáculo puede requerir desde el simple soldado hasta la princesa; pero toda aquella gente dormía, á excepción tal vez de la princesa, quien necesitaba á lo menos media noche para completar el atavío de su persona. Entretanto Mireta estaba sola, y para colmo de dolor seguían abiertas las dos ventanas, una de las cuales caía sobre un montón de ruinas hacinadas y dando la otra entrada al viento fúnebre del cementerio.

Por ésta era por donde había visto Mireta deslizarse la sombra indecisa de un cuerpo humano que se agitaba bajo las copas de los árboles del bosquecillo. Si hubiera tenido suficiente valor para cerrar las ventanas, su miedo habría quedado reducido á una mitad; pero la pobrecilla no se atrevía siquiera á dirigir los ojos hacia aquella parte. Habíase sentido llena de inquietud junto á su rueca, había tomado con sus manos un huso cargado de lino y trataba de hilar.

Ordinariamente era ésta una tarea que la hacía con sin igual gracia é incomparable primor; ¡pero si se la hubiera visto en aquella noche qué hilo más desigual y lleno de nudos salía de sus hermosos dedos! Su madre le dijo: encomiéndate á Dios. La pobre quiso recitar sus oraciones nocturnas, pero se le habían olvidado y asomaron gruesas lágrimas á sus ojos.

Es cosa sabida que los niños suelen cantar cuando les acosa el miedo. Así lo intentó hacer Mireta; pero el sonido de su propia voz acabó de azorarla y hasta llegó á imaginar que el graznido de un mochuelo lanzado desde los canalones de San Eustaquio era el eco de su canto.

Empezó á estremecerse y sus diminutos dientes castañeteaban sin cesar.

Mientras duran esos momentos de fatiga suele fijarse la imaginación en algún objeto determinado. ¿Qué visión pasó por los ojos de Mireta? ¿Llamó á su madre? ¿Invocó el recuerdo de su padre? ¿Vislumbró la figura del desdichado Simón, que seguía siempre la huella de sus pasos, suspirando como una res en el momento de ser degollada?

Quién sabe; algo de todo eso vió Mireta. Mucho habría dado por disfrutar entonces de la compañía de su padre ó de su madre; ni aun habría desdichado en aquel trance supremo la conversación del moce-ton Simón. Pero, hablando con franqueza, hay que convenir en que no fueron ni su padre ni su madre, y mucho menos Simón, los que ocuparon con preferencia la imaginación de la niña en aquella hora de angustia. En medio del terror que la dominaba lucía en sus ojos un tenue rayo de esperanza que dibujaba una sonrisa en sus labios de carmín. A través de aquella legión de fantasmas que la rodeaba distinguía también otra aparición más espantosa.

Era ésta una cara joven y risueña, noble, aun-

que picarilla, el más acabado tipo, en fin, de una cara de paje. Bigote naciente, ojo brillante y atrevido, cabellera negra y ensortijada, talle esbelto, comprimido dentro de una ropilla de terciopelo negro y birrete provocativo caído de lado y apuntando hacia el cielo la punta de su pluma afilada.

He aquí lo que veía Mireta cuando cerraba los ojos, y quizá esta visión estaba ligada por algún secreto vínculo á la temible sombra que Mireta había descubierto desde la ventana bajo los árboles del bosque.

Puede asegurarse que á no haber sido por aquel rostro de joven que le sonreía en medio del pavor que la agoviaba, la pobre Mireta habría muerto de miedo aquella noche.

Porque la noche avanzaba más y más, y con las horas iban en aumento aquellos vagos y misteriosos rumores que no es posible explicar ni definir. El cementerio parecía que lloraba, las ruinas crujían y Mireta estuvo á punto de perder el conocimiento cuando la bronca campana de San Eustaquio dió el primer cuarto después de las diez.

No fué menor su sobresalto cuando en medio del monótono sonido de la rueca creyó oír el eco de un paso tímido que vacilaba sobre el pavimento de la misma sala baja del mesón. La niña se santiguó muy deprisa, en la creencia de que había llegado su hora postrera.

—Buenas noches, Mireta—dijo detrás de ella una voz entrecortada por la emoción.

Mireta soltó el huso y se tapó la cara con ambas manos. Esta voz tímida y temblorosa hirió sus oídos como el estrépito de una descarga de mosquetes. La niña pensaba: Si vuelvo la cabeza voy á tropezar con un gigante descarnado con aceradas uñas á manera de puñales y unos ojos profundos y sin pupilas...

—¡Por vida mía!—dijo la voz,—no venía para daros tanto miedo, señorita Mireta.

Una idea cruzó por la imaginación de la joven, por más que le pareciera á sí misma inverosímil y quimérica. Llegó á pensar que tal vez el gigante fuera tan sólo el pobre Simón.

Empezó á volverse con tal lentitud y no pocas precauciones, miró de lado con aire excesivamente medroso, y luego se levantó de un salto para poner sus blanquísimas manos en los hombros de Simón.

—¡Oh!, ¡pobre Simón!—decía saltando de júbilo, —¡qué contenta estoy de verte aquí!

El hijo del correo Nicolás no estaba acostumbrado á tanta benevolencia, así es que le sorprendió agradablemente aquella afectuosa acogida; su primer impulso fué el retroceder ante tan amable expansión; para todo se necesita aprendizaje, hasta para ser feliz. Puesto ya en situación y convencido de la realidad de su fortuna, el mancebo tomó un aire satisfecho, á través del cual se dibujaban ciertos ribetes de inocente fatuidad.

—Ya sospechaba yo que no os desagradaría del todo volverme á ver, señorita Mireta—dijo tomando, sin más ceremonias, la mano de la niña.

Pero aquella manecita se le escurrió á Simón entre los dedos como si hubiera sido un alfiler, y el pobre muchacho se quedó por segunda vez sin saber lo que le pasaba. Mireta le observaba atónita de los pies á la cabeza.

El sencillo Simón se presentó ataviado con el traje seductor de un mozo de posada que se dispone á echar un buen sueño en el pajar. Verdad es que sobre sus colegas llevaba de ventaja una camisa de hilo llena de zurcidos y remiendos, propiedad antiguamente de la tía Amapola, quien le había hecho generosa donación de ella por inservible; sobre su

cabeza, coronada de mechones amarillos, se levantaba un enorme gorro de dormir que, como la camisa, era otro rasgo de generosidad de la patrona.

Así compuesto y aviado, el inocente Simón ofrecía un conjunto tan risible, que la niña, después de haberle mirado con atención, rompió en una alegre y grandísima risotada. Simón quedó complacido también de tan inopinada hilaridad.

—Mucho me satisface, señorita Mireta—dijo acercándose otra vez,—poseer la gracia de ponerlos de buen humor. Hace sólo un momento no teníais, en verdad, muchas ganas de reiros.

Mireta perdió de súbito la alegría y murmuró:

—Es verdad.

—La soledad infunde tristeza—añadió el pobre mancebo.—Yo también estaba triste y no podía dormir. Entonces me he dicho: Ya que yo pienso siempre en la señorita Mireta, ¿por qué no ha de ser posible también que ella por su parte piense en mí? Aquí yo me aburro; ella debe aburrirse allí. Aprovecharé, pues, el instante en que la tía Amapola se retire y vaya á dormir para echar un buen parrafito con quien yo me sé.

Dichas estas palabras, el buen muchacho acentuó una sonrisa algo basta, pero ingenua y alegre.

—Con franqueza, mi pobre Simón, yo no me acordaba mucho de ti...—empezó á decir Mireta.

La risa del chico se volvió más animada y jactanciosa.

—Bien sé yo que las doncellas no confiesan esto al primer envite—exclamó en tono sentencioso.—Yo me hallaba detrás de vuestra silla y os he oído suspirar como suspiro yo también...; y además, ¿por qué os ha alegrado tanto mi presencia?

—Créeme, no pensaba en ti ni en otra persona alguna—respondió Mireta.—Lo único que hacía era morir de miedo.

—¡Ah!—exclamó Simón cambiando de tono y de fisonomía.

—Y cuando se siente miedo—prosiguió la niña—bien sabes tú que causa placer la llegada del primer advenedizo, quienquiera que sea.

—¿Y puede saberse de qué teníais miedo?—preguntó Simón ya algo azorado.

Y en seguida empezó á lanzar en torno de sí miradas más asustadizas que las de la misma doncella.

—¿Qué sé yo?—dijo riéndose Mireta.—Cuando uno se halla en semejante estado, basta que vuele una mosca, que una campana suene la hora, que sople una ráfaga de aire en el bosquecillo... para que se apodere de todo el cuerpo un hormiguelo y un mal-estar inexplicables.

—¿Pero no es que hayáis visto nada de particular?

—¿Qué te diré? No he visto gran cosa. Sólo he visto ó he creído ver, cuando aún estaba aquí mi madre, un hombre que se deslizaba por el bosque...

—¡Un hombre!—repitió Simón abriendo cuanto pudo sus grandes ojos.

Luego añadió con voz entrecortada:

—¡Y si fuera un lobo-fantasma, señorita Mireta!

La joven trató todavía de reirse, pero ya no le quedaba valor para tanto. Era un triste auxiliar el pobre Simón en semejantes circunstancias.

Por de pronto retrocedió dos pasos á fin de colocar á Mireta entre él y la temida ventana que miraba al bosque.

—Es que—murmuró—ya sabéis lo que dicen. El fantasma hechicero se ha paseado por nuestro barrio todas las últimas noches.

—¿Y crees tú en el fantasma, Simón?—preguntó Mireta bajando la voz.

—¿Que si creo en el fantasma? ¿Pues no he de creer? ¿Quién devoró sino el hijo menor de Luisita,

que era un niño tan guapo y robusto? ¿Quién ha abierto sino la sepultura de Mosén Antonio de Graves, caballero y señor de Pontoux? ¿Quién ha arrebatado la cruz de oro con que remataba el campanario de la Santa Capilla? ¿Quién es sino más que el lobo-fantasma el que se introduce en las habitaciones cuando por desgracia ó imprudencia se dejan abiertas las ventanas?

Interrumpióse al llegar aquí, acabando la frase con un aire consternado:

—¡Cómo sucede aquí, señorita Mireta!

—¡Cómo aquí!—repitió la joven.

En éstas habían llegado los dos al extremo opuesto de la sala baja, al pie de la doble escalera que conducía á las habitaciones de Blanca de Armagnac. Todo el valor que había infundido en el ánimo de Mireta la presencia de otro mortal se había evaporado, pues Simón tenía diez veces más miedo que ella. La pusilanimidad de esta criatura era contagiosa; la presencia del pobre muchacho, lejos de sostener á la niña, acababa de aumentar su terror.

—No hablemos de estas cosas—murmuró Mireta.

—¡Caramba!—dijo Simón,—de buena gana daría yo todas las propinas de una semana por hallarme ya en mi camaranchón con la puerta cerrada. Pero para llegar allí hay que cruzar la galería, que es muy larga y oscura... ¡¡Escuchad!!

Púsose más blanco que la ex camisa de la Ampola que llevaba encima.

—¿Qué?—preguntó Mireta estremecida de pavor.

—¿No habéis oído? Me ha parecido el grito de un hombre que está expirando. ¡Oh desgraciado, desgraciado de mí! ¡Desde ahora hago juramento de no volver á abandonar más á mi querida almohada!

Mireta se volvía toda oídos, inclinada la cabeza, tendió los brazos y acabó por decir á su vez:

—¡Escucha, Simón!

Este se tapó los oídos.

—¿Habéis oído algo, señorita Mireta?—tartamudeó con dificultad.

—Me ha parecido que alguien andaba por el bosque.

Simón no quiso siquiera enterarse de lo que decía Mireta, y las palmas de sus manos seguían pegadas sobre entrambos oídos; pero lo que el miedo le hacía conjeturar era mucho más horrible de lo que en verdad ocurría.

Sus dientes chocaban entre sí mientras decía:

—La otra noche penetró en casa de maese Chocard, el calcetero, también por la ventana del bosque. El fantasma dejó por muerto tendido en el suelo al aprendiz, que era precisamente de mi edad.

—¡Sí, andan, oigo pasos, estoy segura de ello!—gritó Mireta casi desmayada.

Y como vió que Simón no la había oído, le asió por ambas manos, apartándoselas de las orejas.

—Escucha—le dijo agotando el último resto de energía:—eres un hombre, ¡ayúdame, pues! ¡Quizá no nos quede más que este recurso para salvarnos!

—¡Ay, Santo Dios, Santo Dios!—exclamó el pobre muchacho deshaciéndose en lágrimas.—Si tratáis de defenderos os hará sufrir mil muertes; por el contrario, si no os meneáis sólo os romperá tal vez las cuatro extremidades y algo más; yo estoy por no moverme.

Mireta le sacudió con toda su fuerza. Era verdad que se oían pasos cerca de la ventana.

—¡Harás lo que yo haga!—gritó la joven con voz imperiosa,—y mientras cierro yo una ventana, tú cerrarás la otra.

Simón elevó ambas manos al cielo y exhaló un profundo suspiro que parecía que salía de lo más re-

cóndito de sus entrañas. Mireta lo empujó con la fuerza de un hombre.

—¡Bien!—decía el pobre mancebo medio desvanecido,—¡bien! Si esta es la hora de mi muerte, que Dios perdone mis pecados. Pero os habéis de encargar vos de la ventana que mira al cementerio.

Mireta no respondió, limitándose á conducir á Simón hasta la abertura que caía del lado del Mercado. Luego marchó la niña resueltamente hacia la otra ventana.

III

JUAN RUBIO Y JUAN MORENO

Aquella segunda ventana era verdaderamente el sitio de honor; era por la que Mireta había visto la sombra que se agitaba entre los árboles, y á través de ella penetraba el rumor de las pisadas, empujado por el aire húmedo del cementerio. El pobre corazoncito de Mireta latía con violencia suma; en cuanto á Simón, no había fuerza humana que le hubiera hecho afrontar los peligros de esta terrible ventana.

Era ya bastante para él atreverse á cerrar la otra abertura. Así que Mireta le hubo soltado, empezó á andar muy despacito y volviendo atrás la cabeza á cada paso que daba.

—Anda, espabílate—dijo la joven, que estaba ya dedicada á la maniobra;—este barrote es demasiado pesado y no puedo con él.

Simón tomó con todas las precauciones la cuerda que hacía girar la ventana, pero retiró precipitadamente los dedos, como si se hubiera quemado. Iba á emprender de nuevo la operación, cuando una fuerte ráfaga de viento azotó los postigos haciendo bailar los cristales.